



TORNADOS ARGUMENTALES Y DEVASTACIÓN RELACIONAL. UN ANÁLISIS DEL CONFLICTO INTERPERSONAL DESDE UNA EPISTEMOLOGÍA MULTINIVELⁱ

Maria L. Christiansenⁱⁱ

Universidad De Guanajuato,
Mexico

Resumen:

Este artículo aborda una clase especial de conflicto interpersonal del cual parece imposible salir, dada la organización *recursiva* de las interacciones entre los involucrados. Toma como punto de análisis la noción de *impasse nuclear*, propuesta por Scheinkman y Fishbane (2004); dicho constructo describe situaciones de controversia en las que ciertas pautas relacionales negativas se combinan, formando ciclos de intensificación recíproca (“círculos viciosos”) y promoviendo escaladas de violencia multidireccional. En particular, se reflexiona acerca de ciertos usos de la *argumentación* que afloran en las discusiones cuando los individuos adoptan posturas epistemicidas, abismales, vertiginosas y depredadoras. Se examinan los aportes filosóficos y sociológicos de autores como Carlos Pereda (1999) y Boaventura de Sousa Santos (2014) acerca de las implicaciones de posiciones objetivistas que subyacen a tal estilo argumentativo, y se exploran las estrategias racionalizadoras como *respuestas autoprotectoras* que las partes del sistema relacional instrumentan ante la sensación de *vulnerabilidad* suscitada por lo que interpretan como una ofensiva de la contraparte. El *bucle recursivo* se desencadena cuando los partícipes, sin advertirlo, se defienden a sí mismos de la vulnerabilidad, pero con mecanismos que, no obstante, vulneran al otro. Asimismo, se indagan las posibles fuentes que desencadenan dichas dinámicas, y que pueden remitirse a un plano transaccional, sociocultural, intrapsíquico e intergeneracional. En virtud de ello, se alude a la pertinencia del enfoque *multinivel*

ⁱ ARGUMENTATIVE TWISTERS AND RELATIONAL DEVASTATION. AN ANALYSIS OF INTERPERSONAL CONFLICT FROM A MULTILEVEL EPISTEMOLOGY

ⁱⁱ Correspondence: email mariachr@ugto.mx

propuesto por Scheikman (2008, 2017), por su potencial para comprender el carácter complejo de las crisis en los sistemas relacionales.

Palabras claves: impasse nuclear, argumentación, epistemicidio, bucles recursivos, vulnerabilidad, afrontamiento, enfoque multinivel

Abstract

This article is about a special class of interpersonal conflict from which it seems impossible to leave, given the *recursive* organization of interactions between those involved. It takes as point of analysis the notion of *nuclear impasse*, proposed by Scheinkman and Fishbane (2004); this construct describes situations of controversy in which certain negative relational patterns combine, to form reciprocal intensification cycles (“vicious circles”) and to promote escalations of multidirectional violence. In particular, we reflect on certain uses of the *argumentation* that emerge in the discussions when individuals adopt epistemicidal, abysmal, vertiginous and predatory positions. It examines the philosophical and sociological contributions of authors such as Carlos Pereda (1999) and Boaventura de Sousa Santos (2014) on the implications of objectivist positions that underlie such an argumentative style, and explores the rationalizing strategies as *self-protective responses* that the parts of the relational system implement before the sensation of *vulnerability* raised by what they interpret as an offensive of the counterpart. The *recursive loop* is triggered when the participants, without realizing it, defend themselves against vulnerability, but with mechanisms that, however, violate the other. Likewise, the possible sources that trigger these dynamics are investigated and can be traced back to a transactional, sociocultural, intrapsychic and intergenerational plane. Accordingly, the relevance of the *multi-level* approach proposed by Scheikman (2008) is mentioned, because of its potential to understand the complex nature of crises in relational systems.

Keywords: nuclear impasse, argumentation, epistemicide, recursive loops, vulnerability, coping, multilevel approach

Introducción

Referirse a *la* violencia, en singular, implica una sobresimplificación semántica que no está a la altura de la complejidad del asunto. Pues, no sólo existen múltiples modalidades de actos violentos, sino también variadísimas definiciones, criterios, parámetros y clasificaciones al respecto. En este artículo, se abordará un tipo específico

de ejercicio de la violencia, que germina en situaciones de conflicto interpersonal con una característica peculiar, a saber: la organización *recursiva* bajo la cual se enlazan las creencias, las emociones y las reacciones de los involucrados. Con ello se quiere decir que, al interactuar de esa forma, los contrincantes se enredan -inadvertidamente- en patrones de reciprocidad que, en lugar de frenar el conflicto, lo perpetúan y lo intensifican. Tal configuración, comúnmente reconocida como “círculo vicioso”, será denominada “*impasse* nuclear” (Scheinkman y Fishbane, 2004). Un conflicto entra en “*impasse*” cuando, a pesar de los intentos de solución, no progresa: se estanca en un “punto muerto”. La primera sección comenzará por rastrear, entonces, los componentes que integran este enlace recursivo: las pautas negativas de reciprocidad.

La clase de crisis interpersonal a la cual se aludirá aquí se destaca por el tipo de uso *epistemológico* que se hace de la *argumentación* en el transcurso de las discusiones. En general, se tiene la delicada idea de que, ante la existencia de discrepancias en el campo social, la argumentación funge inequívocamente como vía de entendimiento y acuerdo. Sin embargo, y esto será central en la segunda sección, hay formas de argumentar que terminan siendo incendiarias en el ámbito conversacional; prueba de ello son las argumentaciones *racionalizadoras*, *vertiginosas*, *abismales* y *epistemicidas* (Pereda, 1999; Santos, 2014). Como se intentará mostrar, estas nociones describen artilugios retóricos que los participantes del conflicto aplican para defenderse y atacar al otro, reforzando -sin saberlo- la práctica de una “epistemología depredadora”.

Un señalamiento por destacar será el de que, después de un cierto tiempo, tal dinámica recursiva -aceitada por ciclos argumentales viciosos- puede llegar a automatizarse, funcionando con “vida propia”. En ese punto, el problema inicial desata una multiplicación de problemas relacionales *nuevos*: lo que al principio pudiera parecer un altercado muy sencillo, como una discusión por quién debe sacar a pasear el perro durante la semana, al rato podría haberse convertido ya en una madeja de problemas: acusaciones cruzadas acerca de quién se ha desobligado prontamente del bienestar de la mascota, recriminaciones sobre el incumplimiento de los acuerdos que se tomaron al adoptarla, achaques por el hartazgo con que se repiten situaciones similares con esa y con otras cuestiones domésticas, imputaciones sobre inequidades económicas acumuladas, intercambio de reproches por la mala actitud para platicar sobre el tema, quejas por el tono de voz y los ademanes con el que se discute sobre esto, o, al revés, inconformidad por la “ley de hielo” con la que alguno de los implicados responde durante la trifulca. Así, en cuestión de minutos, lo simple ha dejado de serlo: la avalancha de argumentos puede volverse abrumadora e incentivar escaladas de violencia en todas las direcciones, en la medida en que cada parte reacciona a la reacción de su contraparte y busca invalidar la postura contraria. El éxito en tal reto

puede depender mucho de qué tanta destreza se tenga en demostrar la objetividad de los propios argumentos, pero esa capacidad es la que también permite pulverizar relajadamente los argumentos adversos. Tal *modus operandis*, que sitúa la discusión en un plano *relacional*, funciona como motor principal de la epistemología *depredadora* que será indagada en la segunda sección.

A partir de estas reflexiones, se planteará la pregunta sobre qué subyace a tal modo de lidiar con este tipo de encontronazo interpersonal. Evidentemente, los antagonismos, las controversias o las diferencias no siempre dan lugar a un *impasse* nuclear: de una enorme cantidad de discusiones se sale fácilmente. Pero, entonces, cabe interrogarse por qué, bajo ciertas condiciones, las disputas se vuelven trampas mortíferas. En la tercera sección, nos adscribiremos a una explicación que ya ha sido bosquejada por algunos investigadores; se argüirá que, las maneras de reaccionar durante un *impasse* nuclear, son inseparables de los *mecanismos de afrontamiento (coping)* que se activan en una situación de alto estrés, ante la cual los participantes no reaccionan como quieren, sino como *pueden*, según cuenten con un repertorio de estrategias de afrontamiento nutrido o raquítrico. La tendencia a la *argumentación compulsiva* será considerada, entonces, como uno de esos recursos, siendo con frecuencia el mecanismo de afrontamiento que se visualiza como ideal.

El nudo neurálgico de esta sección residirá en postular que, lo que hace tan farragoso sortear el *impasse*, es que, paradójicamente, los mecanismos de afrontamiento que cada parte utiliza para prevenirse del daño vulneran al otro, lo fragilizan. Se desencadena, así, una retroalimentación (*feedback*) en medio de la cual ninguno de los interactuantes sabe cómo defenderse sin lesionarse simultáneamente.

Calando más hondo, se verá que el *impasse* nuclear conforma, metafóricamente, un bucle repetitivo alimentado por la rigidez de las creencias ritualizadas de los participantes, encapsuladas en sus argumentaciones. En una discusión acalorada, harán fermentar convicciones, emociones y valoraciones de origen muy diverso, las cuales se pueden hibridar de formas redundantes o impensadas. Si bien el *impasse* remite a un problema de índole interaccional, no es impermeable al influjo del entorno sociocultural donde ocurre. Tampoco es inmune a la incidencia de factores intrapsíquicos que individualizan a los afectados, ni a sus herencias intergeneracionales (Scheinkman, 2008). Por lo tanto, la explicación de por qué en una confrontación relacional se discute como se discute -recursiva y argumentativamente- impele a la exploración de dimensiones distintas pero complementarias; se requiere de un análisis de las múltiples capas de influencias que condicionan a dicho sistema interaccional a afrontar el estrés de *esa* forma, entre todas las posibles. Así, en la cuarta sección, se ponderará la fecundidad epistemológica de una "perspectiva multinivel", sopesando

las virtudes de un abordaje complejista que no se resigna a observar fragmentos sueltos del problema.

1. Pautas de reciprocidad, ciclos autorreforzadores e *impasse* relacional

1.1 Pautas de reciprocidad y bucles recursivos

Es sabido que cualquier forma de relación interpersonal supone *patrones de reciprocidad*, por elementales que sean (Papp, 1983; Scheinkman, 2008): al interactuar socialmente, influimos y nos dejamos influir en grados variables, pero inevitables. Por supuesto que, las habilidades y competencias indispensables para desempeñarse satisfactoriamente en dichas interacciones generalmente no son explicitadas ni deliberadas, sino simplemente actuadas. Y aquí comienza parte del problema: el uso inercial o ciego de las mismas estrategias comunicacionales que fueron efectivas en otro momento o contexto podría ocasionar resultados desastrosos cuando han cambiado las condiciones. Patrones de reciprocidad que durante un tiempo prolongado facilitaron el afrontamiento deseable de una situación de conflicto, podrían, en un escenario modificado, aumentar la controversia y convertirse en un ingrediente más del problema.

Un patrón de reciprocidad es, ante todo, un patrón interaccional: siguiendo a Paul Watzlawick en su clásica *Teoría de la Comunicación Humana* (1967/1985), puede decirse que un patrón (*pattern*) o pauta de relación es una *totalidad* que sigue sus propias leyes; no es, simplemente, la suma de partes individuales, sino un principio de organización constante que únicamente se hace observable cuando enfocamos dicha totalidad. Veamos un ejemplo propuesto por Bradford Keeney (1987, pp. 67-68): dada la serie de números enteros: 10, 12, 15, 30, 32, 35, 70, 72, 75, podemos identificar - reflexionando por unos instantes- una pauta que se repite, y que se hace más visible si agrupamos los números de esta forma: (10, 12, 15), (30, 32, 35), (70, 72, 75). Al contemplar la lista de números, puede detectarse una serie de *secuencias redundantes* que, aunque con números distintos de una secuencia a otra, se refieren a la misma pauta subyacente: (a, a+2, a+5). Observemos ahora una "pauta" discernible en la esfera interaccional, recurriendo nuevamente a un ejemplo de Keeney (1987, pp. 68-69):

1. El padre se queja de estar hastiado de la vida.
2. La hija adolescente sale de noche y vuelve a su casa demasiado tarde.
3. La madre regaña a la hija y se traban en una pelea.
4. El padre interviene e impone a la hija una medida disciplinaria.
5. La hija exhibe una "conducta modelo"; por ejemplo, un día prepara la cena para sus padres y limpia toda la casa.
6. La madre asigna a cada miembro de la familia la tarea que debe cumplir.

7. El padre está harto de su trabajo.
8. La hija falta a sus clases y comienza a tener dificultades.
9. La madre se deprime por el comportamiento de su hija, y se mete en la cama.
10. El padre regaña a la hija y se hace cargo de los quehaceres domésticos.
11. La hija dice que le gustaría llegar a ser médica.
12. La madre programa que toda la familia vaya al cine.

La pauta subyacente que aquí hay que descifrar podría esgrimirse así:

1. Padre - incompetente.
2. Hija - desobediente.
3. Madre - incompetente.
4. Padre - competente.
5. Hija - obediente.
6. Madre - competente.
7. Padre-incompetente.
8. Hija-desobediente.
9. Madre-incompetente
10. Padre-competente
11. Hija-obediente.
12. Madre-competente.

Aunque los comportamientos difieren en cada una de estas secuencias, prevalece una misma *pauta de organización*: cada parte está coordinada con las demás, en tanto forman una totalidad que no sería observable desde un análisis individual de cada parte aislada. Al ser parte de una secuencia, el significado de cada parte cambia. La *coordinación* existente entre lo que cada uno hace (el padre, la hija, la madre) no podría observarse si se diseccionara la trama: su carácter organizado se esfumaría en el preciso momento de la disección.

En virtud de ello, se ha delineado el viejísimo principio sistémico de que *el todo es más que la suma o yuxtaposición de las partes*. Dado que los miembros de cada secuencia se encuentran *interrelacionados*, no podría suceder que el cambio sufrido no modifique a la totalidad que lo contiene; se diría que la parte modifica al todo que modifica a la parte. En el ejemplo anterior, la acción del padre influye sobre la acción de la hija que a su vez influye sobre la acción de la madre, que a su vez influye sobre la acción del padre y así indefinidamente.

Pero la cuestión crucial aquí es no confundir esas mutuas influencias con un “efecto-cascada” o efecto dominó (una sucesión de relaciones *lineales* causa-efecto): más bien, lo que ocurre es que esas influencias se dan *conjuntamente*, reforzándose unas a otras: mientras más incompetente el padre, más desobediente la hija y más

incompetente la madre, etcétera, etcétera. El entrecruzamiento de influencias en un sistema relacional (en este caso, una familia), acontece de tal manera que tiene poco sentido buscar el inicio y el final, especialmente porque, como ya hemos dicho, esta coordinación tan bien ensayada por los participantes, adquiere vida propia: se aprende al punto de automatizarse. Por esa razón, la mayoría de las veces ejecutamos roles rotundamente definidos, pero sin siquiera presentirlo; muy probablemente los que ejecutan solventemente la *performance* familiar en el ejemplo anterior, no tienen la menor idea de la función que cada uno está cumpliendo, ni de cómo lo que uno hace modela y es modelado por lo que los otros hacen.

Esa pauta que conecta las acciones de todas las partes de la secuencia es una *pauta circular recursiva*: avanza volviendo sobre sí misma y reciclándose; se autoenvuelve, como el uróboro (la serpiente que se autodevora). Recordemos la secuencia numérica: (10, 12, 15), (30, 32, 35), (70, 72, 75): en cada avance, se repite la forma (a, a+2, a+5), y a la vez el contenido cambia. Lo mismo en el otro ejemplo, con la secuencia de secuencias: (Padre – incompetente; Hija – desobediente; Madre – incompetente), (Padre – competente; Hija – obediente; Madre – competente), (Padre – incompetente; Hija – desobediente; Madre – incompetente)...

Estos casos ilustran cómo las pautas de reciprocidad se enlazan formando *bucles recursivos*. De ahí que, desde esta lógica, las interminables y típicas discusiones por determinar quién ha causado el problema (la caza de “el culpable”) resulten estériles para saber cómo interrumpir el bucle.

1.2 Ciclos Autorreforzadores: patrones simétricos y patrones complementarios

Después de haber definido y ejemplificado la noción de pauta de reciprocidad interaccional, es posible señalar, ahora, uno de los aspectos centrales en estos procesos, a saber: que se desarrollan *exponencialmente*ⁱⁱⁱ, por reacción mutua: las acciones de A desencadenan respuestas de B, que entonces desencadenan una reacción aún *más intensa* de A, y así sucesivamente.

Gregory Bateson, que bautizó a estos patrones con el nombre de “ciclos autorreforzadores” (1958, p. 175), los clasificó en dos categorías: “simétricos” y “complementarios”. Los ciclos *simétricos* describen aquellos comportamientos mutuamente intensificados de A y B que serían esencialmente *similares*, es decir, que

ⁱⁱⁱ Téngase en cuenta la distinción entre el crecimiento *lineal* (donde la magnitud va aumentando por la **adición** de una cantidad *constante*) y el crecimiento *exponencial*, en el cual la magnitud aumenta por **multiplicación** por una constante denominada razón. En este último caso, el incremento retroalimenta al valor inicial y se agrega a él. Por lo tanto, el nuevo aumento es sobre el total, a diferencia del crecimiento lineal, cuyos incrementos son individuales y no dependen del valor total en cada momento.

intensifican una reacción del *mismo* tipo, como en casos de rivalidad o de competencia. En cambio, los ciclos *complementarios* describen acciones autogeneradoras que son *distintas*: intensifican una conducta *contraria*, como acontece en los ciclos de dominio-sumisión; cuanto más se autoafirma uno, más se subyuga el otro (Hoffman, 1981/1987). El enlace de estos ciclos de espiral autorreforzadora puede tener trayectorias diferentes, según se combinen momentos de simetría con momentos de complementariedad. Sin embargo, Bateson reparó especialmente en la relevancia de la intensificación descontrolada que puede provocarse en estos ciclos, cuando se rebasa el umbral de tolerancia que el sistema relacional está listo para soportar sin autodestruirse. Esos amenazantes procesos de crecimiento descontrolado (por exceso de simetría o por exceso de complementariedad) los denominó “cismogénesis”. En un proceso cismogénico simétrico, se incrementa peligrosamente la igualdad. Por ejemplo, si la jactancia es el patrón cultural de conducta en un grupo, y el otro grupo responde a aquél también con jactancia, puede advenir una situación confrontativa que no encuentre freno alguno (Bateson 1958, pp. 176-177). Por el contrario, si la pauta de reacción de un grupo ante la jactancia del otro grupo fuese de modestia, es probable que cualquier nuevo acto que muestre esa modestia promueva, a su vez, un nuevo acto de jactancia, fanfarronada o alarde, y así repetidamente, hasta que el grado de jactancia rebasa el nivel máximo de tolerancia del sistema relacional. Esto último implicaría un proceso de cismogénesis complementaria. Tanto en el caso de una cismogénesis simétrica como de una cismogénesis complementaria, existe potencialmente el riesgo de una escalada que, de no ser inhibida, podría dinamitar el sistema interaccional.

Entender la fuerza operacional de estos patrones transaccionales mutuamente causativos e intensificantes evita que sigamos concibiendo *todos* los conflictos sociales como si fueran el resultado necesario de una lucha que se entabla por cuestiones estrictamente *individuales*. La mayoría de las controversias en las cuales remolineamos están tejidas de secuencias de reacciones *integradas* y globalmente orquestadas. Al participar en una relación, no solo coordinamos conductas, sino que esas maneras de coordinar se van estabilizando progresivamente, formando los patrones interaccionales que ya vimos. Usando una terminología figurativa, diríamos que, luego de cierto tiempo en una relación, los miembros aprenden a “danzar”, a marcar y reaccionar “espontáneamente” a las marcas, a interpretar el lenguaje relacional en sus más floridas expresiones, a acomodar los pasos y a concertar sofisticadas “coreografías” (coordinación de coordinaciones). La no-sintonización de las reacciones mutuas excluye y obliga a pagar un alto precio por el rechazo de la “danza” socialmente ambicionada. Los sociólogos se han ocupado largamente de examinar las implicaciones de la “conducta desviada” y de la no-ejecución de los roles establecidos. Recuérdese, por

ejemplo, el clásico estudio de Erving Goffman, *Estigma: la identidad deteriorada* (1963/2012), donde detalla el costo emocional de aquellas conductas que “desordenan” las coreografías esperadas por el grupo de pertenencia.

Al interior de un sistema relacional prevalecen combinaciones de pautas simétricas o complementarias que constriñen las posibilidades de esa relación para hacer frente al cambio de “danza” y a los estresores. No todos los sistemas tienen la flexibilidad que se necesita para responder creativamente a las situaciones de crisis, por lo cual se esfuerzan en volver a usar las estrategias de solución que ya conocen, que les funcionaron previamente y que siguen estando disponibles, por más desacertadas o inocuas que en el contexto actual puedan resultar. El desasosiego no tarda en llegar: hay coyunturas que parecieran ser genuinos callejones sin salida, y afloran particularmente cuando esos escenarios críticos están constituidos por patrones de reciprocidad que han escalado a través de bucles recursivos de negatividad y malentendidos. En ese suelo minado, la comunicación se ve drásticamente empobrecida: se discute para ganar o para obtener acuerdos apresurados, frívolos, percederos, que buscan descorazonadamente sacarse de encima el problema lo más rápido posible. Ello aumenta la sensación mutua de desconexión dialógica, de ofensa, de incomprendibilidad, de ataque intencionado y de imposibilidad de un cambio interaccional bien trabajado. En esos momentos, el desgaste propio de los fallidos intentos de reparación del problema hace pensar que ya ninguna otra danza es factible: sus participantes se encuentran en el ojo de un “tornado relacional” donde la conversación reflexiva no tiene posibilidad alguna. Han entrado en un *impasse* nuclear.

1.3 Pautas negativas e *impasse* nuclear

La noción de “*impasse* nuclear” se la debemos a Scheinkman y Fishbane (2004), quienes introdujeron dicho concepto para referirse a un problema que se encuentra inmerso en un patrón circular que se mantiene por las acciones recíprocas y las reacciones de los integrantes: sus movimientos y contramovimientos “dancísticos” arman y rearman una “coreografía interaccional” que mantiene vivo al problema.

Ahora bien, las formas coreográficas del *impasse* suelen adoptar, según las autoras, tres configuraciones principales: 1) conflicto; 2) persecución-distanciamiento; 3) alejamiento mutuo. Indudablemente, las posibilidades coreográficas son infinitas, como también sus matices, sus itinerarios y sus peculiaridades idiosincrásicas. No obstante, hay denominadores comunes en cada patrón. Del “patrón conflictivo” hay que destacar la *simetrización* de los ataques y contraataques, independientemente de que el conflicto emane de una explosión abrupta o de que avance lenta y corrosivamente. En cambio, en el “patrón persecución-distanciamiento”, hay una coordinación de tipo *complementario*,

ya sea que la “danza” se ejecute sutilmente o dramáticamente. En el “patrón de alejamiento mutuo” el ensamblaje coreográfico es diferente: cuanto más retrocede uno de los integrantes, más se distancia el otro.

Sea cual sea la figura formada, hay que considerar que, cuando el *impasse* ha alcanzado un punto álgido, puede haber malogrado varios ámbitos de la relación, deviniendo su modo de interacción protagónico. En parte, el combustible que mantiene viva esa “danza lesiva” se encuentra en las grandes dosis de *ansiedad* que genera el querer solucionar un problema y no lograrlo. La ansiedad de fondo puede tener fuentes muy remotas o muy recientes, o una mezcla de las dos; las corrientes subterráneas de esa ansiedad relacional tanto pueden brotar del proceso mismo de escalada como también de estresores presentes o pasados que no se vinculan de manera directa con el problema o con la relación en *impasse*, pero que sin embargo reflejan sobre ella sus más siniestras sombras.

2. Depredación epistemológica: la argumentación racionalizadora como posición de supervivencia

2.1 Posicionamientos objetivistas: argumentaciones vertiginosas, abismales, epistemicidas

Un rasgo típico de los *impasses* nucleares es la polarización de los participantes, en gran medida enervada por el elevadísimo nivel de reactividad y autodefensividad que circula en el sistema relacional. Tenderán a monologar, aunque crean que dialogan; y frecuentemente reclamarán que se les reconozca *objetividad* a sus argumentos: cuando se tiene la férrea convicción de estar en “lo correcto”, aquel que no piensa igual *debe* estar equivocado. Esa lógica objetivista subyace al arraigado estilo de pensamiento que busca obcecadamente decretar quién posee “la verdad”. Al priorizar, a capa y espada, la defensa de la propia idea, las partes son inducidas a tomar un posicionamiento arrogante pero enmascarado en la presunción de neutralismo de sus argumentos. En esa postura, difícilmente se aceptará el hecho de que *toda* argumentación, desde la más chapucera hasta la más rigurosa, supone ciertas *parcialidades* que son intrínsecas al acto de argumentar. Por ejemplo, no se admitirá que la información que se maneja sobre el interlocutor siempre es *incompleta* o que puede contener errores; por el contrario, en no pocas ocasiones se harán inferencias sobre la intencionalidad y las motivaciones de su oponente, como si estas estuvieran exhibidas tras una vitrina de cristal puro. Tampoco se admitirá que la trama de “razones objetivas” que el argumentador tanto protege gira en torno a un foco atencional que él mismo ha *seleccionado* según lo que consideraba *relevante*: más bien creerá que esa relevancia es *obvia*, y por lo tanto universal.

Probablemente tampoco acepte que la *perspectiva* desde la cual observa la situación problemática no es LA perspectiva, sino una entre muchas otras posibles. Dado que está atrincherado en la pretensión de que su postura es “objetiva”, dará también por sentado que el *impasse* se resolverá una vez que se admitan estas “obviedades”.

La toma de conciencia sobre estas parcialidades exigirá largas pausas reflexivas que, en este tipo de casos, no ven la luz, precisamente porque se argumenta de manera *vertiginosa*: apremiando, mareando, aturdiendo mentalmente, creando confusión explicativa e interpretativa. Siguiendo al filósofo uruguayo Carlos Pereda (1994, 1999), hay que señalar que este tipo de argumentación procura confirmarse a sí misma, prolongarse; para ello, necesita cerrarse a cualquier posible discrepancia, autoinmunizarse mediante el empleo de incisivas justificaciones aptas para la conversión del adversario en un cómplice ideológico. Se lo intentará convencer de sus errores, se buscará rectificar sus razonamientos y colonizar su punto de vista.

Pero no hay que dejar de lado que, el acto de colonizar, implica anular al Otro en tanto Alteridad, para sacar partido de esa anulación. Detrás de una práctica semejante, hay un propósito *depredador*: las razones del otro son ignoradas, desautorizadas o reformuladas según el “conocimiento establecido”. Pero, remitiéndonos nuevamente a Pereda (1999), no son sólo sus razones, sino que tal “ninguneo” cognoscitivo arrastra, a la vez, un ninguneo ontológico sobre el ser-del-Otro, que es negado como sujeto epistémico; es decir, al invalidar sus argumentos, se invalida también su existencia epistémica, definida por la capacidad de dar razones, de explicar y de tomar una actitud determinada ante un problema: el Otro es menos porque *sabe* menos, y sabe menos porque *es* menos. Al ser “ninguneado” en su conocimiento y, por lo tanto, en su *persona*, no se lo sitúa ni se lo trata en condiciones de *horizontalidad*: no es un “igual”. Es un “simultáneo”, pero no un “contemporáneo” (Santos, 2014), ya que, supuestamente, le falta hacer evolucionar sus ideas “precoces”. Para que ese Otro pueda ser colonizado (convencido), se debe poder mostrar que su conocimiento no es más que una simple *doxa* u opinión; sus razones serán entonces inferiorizadas al punto de la “erradicación”; su saber quedará sepultado tras aplastantes invasiones *epistemicidas*.

Esta última noción, epistemicidio, la acuñó el sociólogo portugués Boaventura de Sousa Santos (2014) para referirse a las múltiples formas de hacer desaparecer los saberes alternos y no asimilados por el conocimiento preferido, “hegemónico”. En el plano interpersonal, la hegemonía está representada por quien demanda para sus argumentos una superioridad alcanzada mediante la reducción o resignación de las razones esgrimidas por “el que no entiende”. Sintiendo acreedor de “la versión correcta de cómo son las cosas”, el que se arroga tal privilegio epistémico traza una línea que separa *abismalmente* la descripción verdadera, seria, útil y legítima, de las

“pseudodescripciones”, cuya existencia es tan efímera como las burbujas de jabón. Así, consigue absolutizar su forma de pensamiento mediante un recurso infalible: las *argumentaciones racionalizadoras* (Pereda, 1999), mediante las cuales presenta sus ideas como siendo incuestionablemente el producto de un análisis abstracto, realizado desde el “punto de vista de la tercera persona” (el “punto de vista de nadie”, que deberá ser, entonces, el “punto de vista de todos”). Indolente a la pluralidad de ideas y explicaciones posibles, actuará bajo el mecanismo de un desprecio activo por todo aquello que no pertenece al espacio de la propia validación. Su exacerbada autoafirmación exige, como contrapunto, una correlativa devaluación de lo alterno. Por ello mismo, en esos ciclos argumentales que tan recurrentemente se despliegan en los momentos de *impases* nucleares, los argumentadores viciosos hacen bullir con toda su furia la “epistemología depredadora” que tan bien hemos internalizado en la cultura occidental, donde prevalece la sentencia de que el Otro (su contraargumento, su idea incómoda) necesita ser fagocitado si se quiere vencer en la embestida epistémica. Al servicio de esta máxima opera uno de los principios lógicos desde los cuales estructuramos cotidianamente nuestras explicaciones: el *principium tertii exclusi* (principio del tercero excluido), el cual implica que, si hay dos explicaciones opuestas, y una es *la* correcta, la otra tiene que estar necesariamente errada (Christiansen, 2017).

2.2 Las argumentaciones racionalizadoras como mecanismos de supervivencia

¿Cómo puede llegar una idea a tener el valor que adquiere en ciertos sistemas relacionales en *impasse*? En un *impasse* nuclear, ¿qué tipo de pérdida se teme ante una posible derrota argumental?, ¿qué representa un “buen argumento”, más allá de una creencia con apoyo racional?, ¿De qué se defiende el que defiende su idea?

En situaciones de conflicto interpersonal, la capacidad para producir un “buen argumento” puede ser concebida como una poderosa *estrategia de afrontamiento* del problema. Cuando un individuo se ve sumido en alguna adversidad, realiza una interpretación y evaluación primaria sobre las consecuencias que el problema arrojará; asimismo, construye una interpretación y una valoración secundaria acerca de sus medios para amortiguar el impacto de esos efectos nocivos. Lo rodea un paisaje al que percibe como estresante, y frente al cual deberá calcular la magnitud del perjuicio y qué recursos de afrontamiento están disponibles y activables (Lazarus y Folkman, 1984; C. Vázquez Valverde, M. Crespo y J. M. Ring, 2003). Ciertamente, la conversación argumentada no es el único modo de lanzarse al combate, pero sí es usualmente concebida como la salida predilecta, ya que la contundencia y la fuerza categórica de un “buen argumento” evitaría el recurso a la fuerza bruta.

Sin embargo, lo que muchas veces comienza siendo una “buena argumentación”, se puede trastocar, disimuladamente, en una “argumentación racionalizadora” que clausura las posibilidades de una escucha activa, reflexiva y empática entre las partes. Al echar mano de tal mecanismo, el sujeto argumenta para demostrar que “tiene razón” y que, al ser portador de la verdad sobre el asunto, tiene en su poder lo indispensable para cerrar la discusión. Dado que ganar la contienda es su prioridad, no está dispuesto a desconfiar de sí mismo ni a aprender a observarse desde un ángulo autocrítico. Si el Otro-polemista se resiste a concederle idoneidad argumentativa, será tratado como un enemigo epistémico de quien hay que resguardarse interponiendo un *escudo autoprotector* (Scheinkman y Fishbane, 2004).

Está claro que, ni el afrontamiento, ni la autoprotección tendrían sentido si no existieran situaciones que son experimentadas como *desafiantes*: el sujeto que se defiende teme que su integridad epistémica sea puesta bajo sospecha. Lo contradictorio es que, si su forma de defenderse de la desconfianza es argumentar compulsivamente para mostrarse confiable, se dispara un círculo vicioso: cuanto más cuestionado se siente, más vertiginosamente argumenta, y más rápidamente se va pulverizando su virtuosismo epistémico (que implicaría, entre otras cosas, la aceptación modesta de las parcialidades de todo argumentador; esto es, aceptaría ser cuestionado). Los argumentadores viciosos se mueven en el *impasse* como en las arenas movedizas: cuanto más hacen por salir, más se hunden.

El posible daño que el argumentador compulsivo teme es epistémico, emocional y práctico: allí donde hay una argumentación vertiginosa, hay una sensación de *vulnerabilidad* que se intenta desesperadamente mitigar. Un argumento es estimado como “bueno” no únicamente porque su validación racional se ha realizado de manera sólida, sino también porque sirve de amortiguación de los impactos suscitados en la interrelación social y que harían estragos sobre zonas sumamente sensibles desde un punto de vista afectivo. Ni bien el individuo percibe un riesgo, inmediatamente anticipa el dolor, y saca entonces su *escudo protector*, que en el caso que nos ocupa es la argumentación; sin embargo, y aunque pudiera declarar un firme propósito de querer resolver rápida y eficazmente el problema de la relación, hay un nuevo riesgo inherente a la herramienta que usa para eliminar el problema, ya que, como se dijo antes, su anhelada “argumentación redentora” podría no ser otra cosa que un asfixiante encadenamiento de razonamientos abismales, epistemicidas y depredadores. Cuanto más vulnerable se sienta, más defensivamente reaccionará, y más vertiginosamente hará estallar sus bombas verbales.

Lo que hay que resaltar aquí es que lo cognitivo, lo actitudinal y lo conductual (lo que se cree, lo que se siente y lo que se hace) se energizan mutuamente, se mezclan

de manera tal que no es posible separar nítidamente qué causa qué. Una idea profundamente arraigada induce estados emocionales que a su vez insuflan ideas y patrones de pensamiento. Muchas vulnerabilidades están alentadas por creencias que han acompañado a un sujeto por larguísimo tiempo, y que conforman su acervo de “saberes” que difícilmente pondrá en duda. Cuando siente atacada su creencia, se defiende argumentando; si también su argumento es atacado, argumenta aún más: argumenta sobre su idea, y argumenta sobre su forma de defender la idea.

Por supuesto que, autoprotegerse frente a la sensación de vulnerabilidad, es algo que hacemos diariamente, como también lo es ensayar diferentes modalidades de protegernos según las circunstancias y eventualidades. Las “posiciones de supervivencia” que se van probando para manejar las dificultades en las relaciones sociales van cambiando conforme se atraviesan las distintas fases del ciclo vital. Hacer un berrinche olímpico puede ser un mecanismo de afrontamiento que le resulte ventajoso a un niño de cinco años cuando pretende obtener la atención de su mamá, pero no hay ninguna garantía de que eso mismo funcione cuando tenga cuarenta años y pretenda obtener la atención de su esposa. Si la “caja de herramientas” que necesitamos para lidiar con los problemas interpersonales se ha movido junto con el calendario, sería sensato esperar que haya en ella una variedad de útiles mucho más nutrido y versátil que en etapas anteriores, y que el acopio de experiencias más tempranas nos haya preparado para identificar qué recurso es apropiado usar para cada necesidad particular. Se supondría que, cuanto más surtido está el baúl de estrategias de afrontamiento, más control se tiene sobre los melodramas relacionales.

Pero la cuestión no es ni tan llana ni tan lineal: en primer lugar, como se señaló antes, hay creencias que no son reconocidas como creencias, sino como “lemas de vida” (Boszormenyi-Nagy & Krasner, 1986; Papp & Imber-Black, 1996). En consecuencia, para ese sujeto, parecerán irrefutables. En segundo lugar, el individuo que defiende ese “lema” adoptará, en su nombre, una posición de supervivencia que tampoco reconocerá como tal, sino como “reacción normal” ante una “verdad concluyente”. En tercer lugar, ese lema puede estar sostenido por una espesa red de afectos, significados e historias que le confieren si no una legitimidad epistémica, sí una autenticidad emotiva. La lealtad a la idea es, a la vez, lealtad a aquellos que están en su raíz pasada o presente. La conversación argumentada no se reduce, entonces, a una fría concatenación de argumentos desencarnados. Los lemas o premisas con los cuales se arman las argumentaciones racionalizadoras constituyen refugios en las que el argumentador se siente seguro y empoderado, aunque sean sentidas por el Otro como si respondieran a un premeditado plan de ataque.

Desde luego que, con una mirada indiferente a la biografía de los involucrados, y a sus nichos relacionales, no alcanzaríamos a comprender cómo una idea adquiere, para alguien, el peso de un lema; ni cómo la interpretación de que están atacando ese lema/Verdad puede vulnerar, herir y detonar a quien lo resguarda como parte de su identidad personal; tampoco alcanzaríamos a comprender por qué ese sujeto, pudiéndose defender de muchas maneras, ha optado automáticamente por un mecanismo de afrontamiento o posición de supervivencia que ya no le funciona, que demerita su calidad epistémica y que incluso intensifica el conflicto, el distanciamiento, la frustración y la angustia.

En la siguiente sección, se auscultará el *impasse* nuclear a través de un ejemplo, sugiriendo que el engarce recursivo entre los mecanismos de afrontamiento y las vulnerabilidades de los miembros del sistema generan agotamiento o incluso parálisis en el campo decisional.

3. Los Ciclos Recursivos del conflicto: Vulnerabilidad/Afrontamiento/Vulnerabilidad

Recapitulando: se ha dicho que, cuando se generan situaciones de conflicto interpersonal, las partes tienden a reaccionar defensivamente al sentirse vulneradas. La susceptibilidad en esas zonas sensibles puede deberse a experiencias difíciles pasadas o presentes, que se han dado dentro o incluso fuera de esa relación en *impasse*, pero que por alguna razón traen a ella antiguos significados, connotaciones negativas e inseguridades vividas en otros contextos. Tanto las vulnerabilidades como los mecanismos de afrontamiento que los miembros desempeñan automáticamente tienen historia, y en algunos casos son cargas emocionales sin duelo elaborado y posiciones de supervivencia que no han madurado, sino que se han conservado inflexiblemente desde etapas infantiles. También se dijo que dichas posiciones de supervivencia se practican irreflexivamente, y que están adheridas a premisas (lemas) que funcionan análogamente a los axiomas en un sistema deductivo. Por otra parte, se sostuvo que, cuando el mecanismo de afrontamiento que el sujeto actúa se basa en la argumentación, corre un riesgo insoslayable: construir argumentaciones racionalizadoras ancladas en pretensiones epistemicidas, abismales, vertiginosas, ninguneantes y depredadoras.

Pero también se aludió al hecho de que, en un sistema relacional, lo que hace una parte no es independiente de lo que hace la otra: existe, entre ellas, interrelación, organización, combinación. Y si bien en muchos casos y momentos esa “danza” armoniza con lo que se considera deseable en el sistema relacional, hay también, como se advirtió, momentos en que se entrelazan pautas negativas, formando ciclos de espirales autorreforzadores que estiran el *impasse* a riesgo de cortar la relación.

A pesar de que las posiciones de supervivencia aparentaran tener, en lo individual, una función protectora, en el nivel interpersonal podrían llegar a ser *contraproducentes*, si lo que *protege* a uno *vulnera* al otro, y viceversa. En ese caso, cuánto más se defiende uno de los miembros, más vulnerado se siente el otro, a lo cual reaccionará defensivamente, vulnerando al primero. Es decir: ambas partes se sienten vulneradas por lo que el otro hace; ambas partes reaccionan autoprotegiéndose; ambas partes, al protegerse, vuelven a vulnerar(se), lubricando un proceso donde la causa se vuelve efecto y el efecto se vuelve causa. En el aturdimiento provocado por ese carrusel relacional, ninguno obtiene los cambios que esperan del otro. Veamos el siguiente ejemplo:

Marieta se queja de que su esposo Ernesto usa cada vez más dinero para ayudar a su familia de origen, en especial a su madre y a su hermano menor; Ernesto se queja de que Marieta está cada vez más ajena a las cuestiones del hogar, del matrimonio y de los dos hijos que tienen en común. Ambos tienen bastante claridad sobre los argumentos que sustentan su postura: Marieta alega un buen número de argumentos basados en que su “falta de atención” se debe a las largas horas que tiene que trabajar; arguye ser el sostén económico de la familia, haberse esforzado mucho para obtener los logros profesionales alcanzados y ser la fuente de estabilidad que les permite estar al día con los gastos de renta, escuela y crianza de los niños. Asimismo, afirma que los ingresos que recibe liberan a Ernesto de compromisos económicos y que sin eso no sería posible que el dinero que él gana se lo mande a sus parientes. También enfatiza que Ernesto aceptó libremente que ella tomara ese trabajo. Lo acusa de no respetar la equidad económica en la pareja y de privilegiar a su familia de origen por encima de las necesidades de ella y de sus hijos.

Ernesto también cuenta con su propio arsenal de argumentos: siente que su ayuda a su familia está justificada por varios factores, comenzando por el hecho de que él dejó su país natal (Colombia) para convivir con Marieta en Arkansas, bajo la ilusión de que su familia se vería beneficiada de las remesas que él pudiera enviarles. Ernesto lamenta que Marieta no le haya advertido lo suficiente que el hecho de ser colombiano sería un obstáculo para insertarse laboralmente, en especial por su falta de educación formalizada y por sus dificultades para hablar inglés. Ernesto señala, además, que tiene muchos hermanos y que su madre está sola, enferma y con un salario magro como empleada doméstica, mientras que Marieta tiene a sus dos padres en posición acomodada, sin hermanos y viviendo en el mismo país y mismo Estado.

Con este trasfondo, el conflicto erupciona cada principio de mes, cuando Marieta cobra su salario y Ernesto hace su envío de dinero. Hay entre ellos un resentimiento que se acumula a lo largo del mes y que “explota” en un punto específico, para luego ir

disipándose con el paso de los días. Cíclicamente, se va repitiendo la secuencia “acumulación de tensión-explosión-disipación-nueva acumulación...”

En el núcleo del *impasse*, Marieta se transforma: hace comentarios terriblemente descalificantes hacia Ernesto, incluso muchas veces vociferando, ante los hijos o ante las visitas, frases referidas a “alimentar parásitos”, “no haber cortado el cordón umbilical” o padecer de “Edipo”. La reacción de Ernesto es análogamente despectiva y ácida, aunque conservando una conducta pasiva: ante los insultos de Marieta, responde con finas comparaciones sobre la dedicación que cada uno les da a sus hijos, y alienta a los niños a evidenciar que prefieren ser atendidos por él antes que por ella. Cuanto más frecuentes son los ataques de Marieta, más excusas busca Ernesto para armar un plan de salida con los hijos y evitar, así, exponerse a la pedrada. A la vez, esa retirada es interpretada por Marieta como una provocación, aumentando su ansiedad y su necesidad de renovados actos violentos, facilitando que Ernesto se distancie con menos culpa. Y así consecutivamente, entre mes y mes.

En la ofensiva argumental por la que este sistema relacional atraviesa durante estos *impasses*, los escudos protectores son los primeros en hacerse visibles. Pero, como ya se dijo, son la punta del *iceberg*. Cuando Marieta se siente agraviada por la “indulgencia” económica de Ernesto, se defiende argumentando vertiginosamente, sin intención alguna de cuestionar sus propias razones o de validar el sentir de Ernesto. Lo mismo ocurre con Ernesto: cuando se siente picado por la “soberbia y mezquindad” de Marieta, lo afronta argumentando vertiginosamente, sin ánimo de escuchar razones que no convaliden su propia versión del problema.

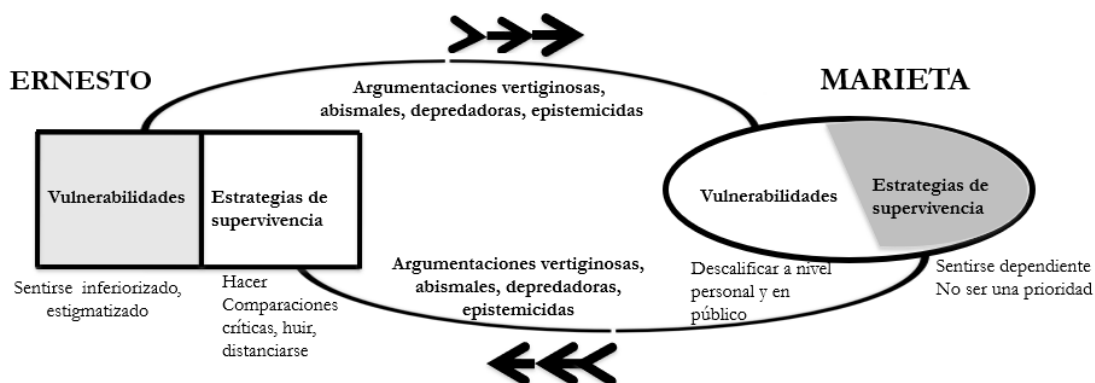
Detrás de estas estrategias de afrontamiento sustentadas en un estilo argumentativo beligerante, aunque objetivista, hay dos individuos vulnerados; téngase en cuenta que la vulnerabilidad es una sensación que no depende de la gravedad externa del estresor, sino de cómo lo interprete, lo signifique y lo dimensione el sujeto sensible a tal cuestión. El hecho de que Marieta se sienta vulnerada por la condescendencia de su esposo hacia su familia de origen puede tener fuentes distintas: esa vulnerabilidad podría originarse, por ejemplo, en una sensación de fracaso por cómo se han distribuido tácitamente en la pareja los deberes económicos (nivel interaccional), o en la decepción por no cumplir en su pareja con el estereotipo tradicional del hombre como proveedor (nivel sociocultural), o en un conflicto proyectivo que hace revivir conflictos que la propia Marieta tuvo con sus padres en su infancia temprana, y que son reexperimentados a partir del apego que Ernesto tiene con su madre (nivel intrapsíquico) o en legados transmitidos en su familia desde generaciones anteriores acerca de la lealtad que un hombre debe demostrarle a su esposa e hijos, y que nunca tiene que estar por encima de su familia de origen (nivel

intergeneracional). En fin, el oasis del cual puede brotar la vulnerabilidad de Marieta ante estas circunstancias es inagotable.

Hay que reparar en dos cuestiones que ya se mencionaron, pero que vale la pena recordar: primero, que los hechos que en este caso están desatando un conflicto, podrían no desatarlo en otros sistemas relacionales, con otros individuos inmersos en facticidades distintas; segundo, que las connotaciones otorgadas a los hechos implican *superposición de significados*: se traen a la situación *actual* recuerdos, asociaciones, fantasmas y evocaciones de otros tiempos, otras relaciones y otras personas. Pasado, presente y futuro confluyen en un *impasse* que resulta ser, en tal sentido, *pluritemporal*. A pesar de que Marieta creció en un ámbito de abundancia económica, su padre la “bombardeaba” contándole que todo lo que tenían lo había conseguido a costa de un enorme esfuerzo y sin la ayuda de nadie, sacrificando incluso la relación con sus progenitores y hermanos, a los que había dejado de ver cuando llegó a la Unión Americana como migrante ilegal, sin poder regresar ni retomar contacto con ellos. En la familia de Marieta, la autosuperación era un mandato inapelable: mostrar independencia económica era un inequívoco signo de adultez. Tanto para ella como para su entorno inmediato, esa creencia era una verdad ineluctable. Tan así que, sin necesidad ni obligación material de hacerlo, Marieta había trabajado desde los 15 años, al mismo tiempo que estudiaba. Ahora, ya casada, se había hecho cargo de múltiples ocupaciones, y para ella la dedicación al trabajo era una forma de garantizar un maternaje responsable y de demostrar abnegación como un acto de amor por la familia que había creado.

Del lado de Ernesto, también acechaban vulnerabilidades por debajo de sus argumentos autodefensivos. La sensación de inferioridad lo bloqueaba, y ante eso buscaba alejarse, emprender la huida. Su padre había estado preso por homicidio calificado desde que Ernesto tenía 7 años. Luego de pasar varios años en la cárcel, su padre salió, pero nunca más lo volvieron a ver. En Colombia, vivían en una comunidad relativamente pequeña, donde la situación familiar de Ernesto era bien conocida. Creció sintiendo la vergüenza y el desprecio de sus compañeros de escuela y del barrio; le tocó atestiguar las calamidades económicas a las que se enfrentaron con su madre y sus cuatro hermanos, teniendo que ejercer desde niño un rol parental por ser el hijo mayor. Que lo trataran de forma despectiva y desvalorizante era su talón de Aquiles, una llaga abierta. Tal como le sucedía a Marieta cuando interpretaba que ella y sus hijos no eran considerados por él como una prioridad, Ernesto aprendió a reaccionar impulsivamente ante la discriminación, sin poder autoobservarse, cuestionarse, escuchar a Marieta y reflexionar sobre el bucle recursivo en el cual quedaba aprehendido durante el *impasse*.

Con este lastre invisible cargando sobre sus espaldas, Marieta y Ernesto han arribado al conflicto actual y han sido secuestrados cíclicamente por una situación que activa en el sistema relacional lo peor de ellos. En el vértice del problema, e ignorando la específica conexión entre sus respectivas frustraciones y sus estrategias defensivas, Marieta y Ernesto no pueden sino sentirse ofendidos por el otro, no pudiendo ver más allá del escudo protector tras el cual cada uno se ampara. El asunto aquí, más allá de la eventual diferencia que causa el conflicto, es que los dos reaccionan a los argumentos del otro, a sus quejas, a sus denuncias, y no a sus vulnerabilidades. Por eso no es posible, con estas limitaciones, construir un espacio de diálogo que rompa el ciclo repetitivo de alegatos depredadores y epistemicidas. Cada vez que Marieta se defiende, pisotea una zona vulnerable de Ernesto; cada vez que Ernesto se defiende, pisotea una zona vulnerable de Marieta. Tomando como referencia el esquema de Scheinkman (2017, p. 3), podemos ilustrar gráficamente este ciclo de la siguiente manera:



Ciclo recursivo de Vulnerabilidad/ Estrategias de afrontamiento/ Vulnerabilidad. Adaptado de Scheinkman (2017, p. 3)

El núcleo duro del *impasse*, que se mueve a través de una espiral recursiva, abreva de argumentos que racionalizan sus infructuosas estrategias de afrontamiento. A esta dinámica nos referíamos cuando se afirmó que, las posiciones de supervivencia que cada parte toma en el *impasse*, son *contraproducentes*, en el sentido de que instigan a la contraparte a actuar de manera que justamente desearían evitar. La reacción altanera de Marieta induce a Ernesto a sentirse incomprendido y a tomar decisiones por su cuenta, lo cual ella interpreta como evidencia de que él la desplaza, la relega y no la prioriza. A su vez, la reacción crítica, manipuladora y distante de Ernesto induce a Marieta a marcar las diferencias económicas y laborales entre ellos, lo cual él interpreta como prueba de la pedantería y el clasismo de Marieta. Esta coreografía de acciones mutuamente intensificantes son caldo de cultivo para la emergencia de “profecías

autorrealizantes”: la expectativa de cómo actuará el otro, genera condiciones que propician que el Otro actúe efectivamente de esa forma, o que su curso de acción sea interpretado como confirmación de la expectativa.

4. Las diferentes capas del problema: Enfoques multinivel

Una recorrida por la morfología del *impasse* nuclear ha dejado entrever algunos de los niveles, capas o dimensiones que se entretajan en esa mixtura de factores en “danza” (Scheinkman, 2008, 2017). En el nivel *interaccional*, intrínseco a toda relación, puede residir, de entrada, una fuente de vulnerabilidades, sobre todo en lo que concierne a los temas no-hablados en la relación (pero presupuestos y actuados). No obstante, los conflictos desatados en ese primer nivel podrían no tener que ver únicamente con patrones negativos nacidos de esa relación, sino con estresores externos y momentáneos que miden la capacidad de cambio adaptativo y resiliente (reconstructivo) que el sistema relacional tiene, y que no es juzgable hasta que las circunstancias lo fuerzan. Lo que ocurra entonces en el nivel contextual-situacional puede conducir a resignificar acciones y a problematizar lo que anteriormente no constituía amenaza alguna. Sabemos que los contextos situacionales son cambiantes, pero, en el momento en que aparece el *impasse*, es importante sospechar que los imperativos culturales vigentes pueden realzar la sensación de vulnerabilidad ante un estresor que, en otro marco, sería percibido como menos terrible. En consecuencia, el *nivel sociohistórico* es una dimensión del *impasse* que no puede ser omitida en el análisis.

Tampoco puede ser ignorado que, en un plano más profundo, las estrategias de supervivencia pueden ser respuestas reactivas a alguna vulnerabilidad arraigada en una dolorosa trasposición de significados que, de manera no plenamente consciente, un individuo hace sobre el otro, trayendo a las relaciones actuales residuos psíquicos de experiencias pasadas, deseos reprimidos o antiguos miedos no superados. Podría suponerse, por ejemplo, que, para Marieta, el hecho de que Ernesto fuera un migrante que valientemente dejó su tierra para buscar un futuro mejor era una evocación de la imagen idealizada del padre de ella, que también había sido un migrante soñador y aguerrido. Desde tal superposición de personas significativas, Marieta podía estar proyectando sobre su esposo expectativas consistentes con su historia paterna idealizada, y por lo tanto no entender que la actitud de desapego que ella esperaba de Ernesto hacia su madre y sus hermanos implicaba exigirle a su esposo un acto que para él supondría una traición imperdonable (ya que él se veía a sí mismo como sustituto del padre ausente). Desde tal perspectiva, cabe señalar que, la elucidación de flujos afectivos que subyacen a esas vulnerabilidades sitúa el análisis en un punto de

indagación *intrapsíquica*, no visualizable desde el faro que guía la observación en los niveles anteriores. Incluso pudieran ir saliendo a superficie otros aspectos conflictivos e irresueltos con la propia familia de origen, tal como legados que han atravesado el tiempo y depositado tensiones u obligaciones jamás verbalizadas, pero bien cobradas en la relación actual. En ese nivel *intergeneracional*, puede salir a flote un sinfín de cuentas pendientes, de “deudas” y saldos emocionales no liquidados, y en algunos casos ya no liquidables en las relaciones anteriores (pero turnados a la relación vigente).

Lo relevante es cómo todo ese fardo sociocultural, intrapsíquico e intergeneracional puede ejercer influencias poderosísimas sobre un sistema interaccional que, en apariencia -y solo en apariencia-, no está contaminado de las opacidades reinantes en los otros niveles. Por ello es importante resaltar la necesidad de un modelo de estudio que integre coherentemente estas múltiples dimensiones en sus intrincadas manifestaciones dentro de un *impasse* nuclear.

5. Conclusiones

Lo dicho hasta el momento en torno a las dificultades para el cambio en un sistema relacional organizado recursivamente nos exhorta a revisar con espíritu crítico algunas ideas extendidas sobre el análisis de la violencia interpersonal. Las mismas ya han sido señaladas o insinuadas a lo largo de las secciones anteriores, pero conviene extraer algunas consideraciones e indicar direcciones para una investigación posterior.

En primer lugar, no hay un modelo único para entender las infinitas configuraciones que las relaciones violentas pueden tener. Cada sistema relacional condensa aspectos de distintos niveles sistémicos, los cuales se articulan de manera irrepetible. Lo que hay que destacar es que la comprensión profunda de una dimensión no reemplaza el potencial explicativo de las otras dimensiones; es decir, no son intersectables, ni sumables: en el universo vital de cada relación, lo interaccional, lo contextual-social, lo intrapsíquico y lo intergeneracional no son influencias separadas o separables: irrumpen mancomunadamente, con vigor incalculable. Por ello una perspectiva *multidimensional* proporciona categorías de análisis que permiten ir buceando en diferentes niveles de profundidad.

En segundo lugar, no puede entenderse el funcionamiento recursivo de un *impasse* nuclear si el análisis de la violencia se sigue centrando en una división dicotómica del campo social, donde la urgencia por hallar víctimas y culpables soslaye la identificación de la espiral repetitiva que mantiene intacta la violencia interpersonal. En tal sentido, resulta más esclarecedor entender la coordinación que se da entre las conductas de los participantes en la “danza”, antes que estudiar aisladamente las partes

del sistema interaccional, que como tal no se lo puede fragmentar sin destruirlo. El inextricable nexo entre las reacciones o estrategias de afrontamiento de uno y las vulnerabilidades del otro pueden ilustrar heurísticamente los enlaces posibles dentro de un sistema relacional ahogado por un malestar cronificado.

Por último, cabe recalcar que la afianzada convicción de que la argumentación es el mejor freno para la violencia merece ser escrutada con filo escéptico. El ejercicio de argumentar necesita ser abordado en sus aspectos gnoseológicos, pero también en su naturaleza *ética*, y es por este sendero que la investigación epistemológica del tema de las relaciones violentas debe continuar. El estilo vertiginoso, abismal, depredador y epistemicida -enclavado en las argumentaciones racionalizadoras-, no sólo no detiene la violencia interpersonal, sino que la transmuta en una violencia simbólica que recrudece las pautas negativas en las relaciones maltrantes. Ciertamente, hay formas *virtuosas* de argumentar, pero también las hay *viciosas* y *engreídas*, con efectos desastrosos para las interacciones selladas por el conflicto. Como afirma el filósofo Carlos Pereda (1999, portada): “*La arrogancia desfigura los mejores pensamientos y pervierte hasta las prácticas más generosas*”.

Referencias bibliográficas

1. Bateson, G. (1958). *Naven*. Stanford, California: Stanford University Press.
2. Boszormenyi-Nagy, I., & Krasner, B. (1986). *Between give and take: A clinical guide to contextual therapy*. New York: Brunner/Mazel.
3. Christiansen, M. L. (2017). Si quieres saber del agua, no le preguntes al pez. Epistemología de Segundo Orden en el estudio de la Violencia. *Eidos. Revista de Filosofía*, 26. Universidad del Norte, Colombia. Pp. 121-148.
4. Keeney, B. (1987). *La estética del cambio*, Barcelona: Paidós.
5. Goffman, E. (1963/ 2012). *Estigma: la identidad deteriorada*, México: Amorrortu
6. Hoffman, L. (1981/ 1987). *Fundamentos de la Terapia Familiar. Un marco conceptual para el cambio de sistemas*. México, DF: Fondo de Cultura Económica.
7. Lazarus, R. S., & Folkman, S. (1984). *Stress, appraisal, and coping*. New York: Springer.
8. Papp, P. (1983). *The process of change*. New York: Guilford Press.
9. Papp, P., & Imber-Black, E. (1996). Family themes: Transmission and transformation. *Family Process*, 35, New York, pp. 5–20.
10. Pereda, C. (1994). *Vértigos argumentales*, Madrid: Anthropos.
11. Pereda, C. (1999). *Crítica de la razón arrogante*, México: Taurus-Alfaguara.

12. Santos, B. S. & Meneses, M. P. (editores) (2014). *Epistemologías del Sur Perspectivas*. Madrid: Akal.
13. Scheinkman, M. & Fishbane, M. (2004) The vulnerability cycle: working with the impasses in couple's therapy. *Fam Proc* 43(3), New York, pp. 279–299
14. Scheinkman, M. (2008). The Multi-level Approach: A road map to couples therapy. *Family Process*, 47(2), New York, p. 192.
15. Scheikman, M. (2017). The vulnerability Cycle. En *Encyclopedia of Couple and Family Therapy*, J. L. Lebow et al. (eds.), Toronto: Springer International Publishing AG. DOI 10.1007/978-3-319-15877-8_591-1
16. Vázquez, C., Crespo, M., & Ring, J. (2003). Estrategias de afrontamiento. En A. Balbuena, G. Berríos, & P. Fernández de Larrinoa (Eds.), *Medición clínica en psiquiatría y psicología*. pp. 425-435. Barcelona: Masson.
17. Watzlawick, P., Beavin, J. & Jackson, D. (1967/1985). *Teoría de la comunicación humana*. Barcelona: Herder.

Creative Commons licensing terms

Author(s) will retain the copyright of their published articles agreeing that a Creative Commons Attribution 4.0 International License (CC BY 4.0) terms will be applied to their work. Under the terms of this license, no permission is required from the author(s) or publisher for members of the community to copy, distribute, transmit or adapt the article content, providing a proper, prominent and unambiguous attribution to the authors in a manner that makes clear that the materials are being reused under permission of a Creative Commons License. Views, opinions and conclusions expressed in this research article are views, opinions and conclusions of the author(s). Open Access Publishing Group and European Journal of Social Sciences Studies shall not be responsible or answerable for any loss, damage or liability caused in relation to/arising out of conflicts of interest, copyright violations and inappropriate or inaccurate use of any kind content related or integrated into the research work. All the published works are meeting the Open Access Publishing requirements and can be freely accessed, shared, modified, distributed and used in educational, commercial and non-commercial purposes under a [Creative Commons Attribution 4.0 International License \(CC BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).